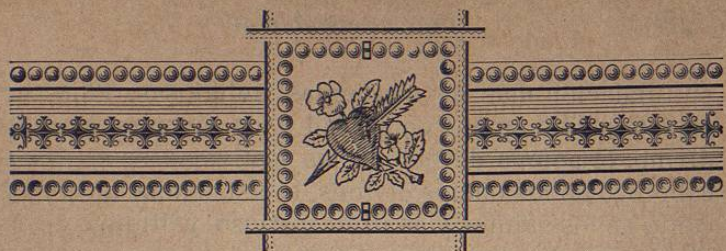


te que fundar monasterio no es asunto de una mujer plebeya como tú eres y que no es empeño este de patrimonio tan corto como el mío, ni de otro mucho más caudal. Y tú hablas con tanta confianza, como si tuvieras reservados doscientos mil pesos para edificarle.» Respondió la modesta hija; «Si yo sólo atendiera á la posibilidad humana, si mirara á las manos avarientas de los hombres, yo te confesara que cuanto digo era un imposible; pero has de saber, madre mía, que pica más alto mi esperanza: tengo por fiador de esta verdad á aquel Señor en cuyo poder están todos los sucesos, y no me es ya lícito dudar ni tener desconfianza en su liberalidad infinita. Tus ojos verán el suceso.»



## CAPÍTULO XXVII

Tiene Rosa revelación divina de que ha de florecer en Lima un nuevo convento de Santa Catalina, aunque se la oculta el tiempo en que ha de ser fundado.

**C**ON ser tantos los edificios suntuosos y magníficos de Lima, corte y empóreo ilustre del Perú, dióle finalmente último complemento el monasterio de Santa Catalina de Sena, anchuroso y curiosamente edificado; formándose un colegio de numerosas vírgenes consagradas á Dios, bajo la observancia del instituto regular de nuestro Padre Santo Domingo. Fué su fundadora D.<sup>a</sup> Lucía Guerra de la Daga, viuda rica y de ilustre prosapia, por los años de 1622, cinco años después del bienaventurado tránsito de la virgen Rosa. Está situado en lugar y sitio muy acomodados é introducida la clausura y el noviciado desde el principio de su fundación, la que apenas concluída se comenzaron á celebrar los divinos oficios. Creció tanto este nuevo paraíso del Esposo celestial de las almas, que llegaron á contarse al poco tiempo de

su fundación más de doscientas Religiosas. Florecen en este jardín ameno de piedad y de virtudes el culto divino, la pompa devota de las festividades, el orden canónico de los oficios divinos, la asistencia al coro y canto de los salmos y el aliño curioso y limpio de la iglesia y de los ornamentos sagrados.

No desdice en nada de la hermosura exterior del templo y edificios la observancia interior, á la que se deben: el cuidado de guardar fielmente las constituciones, la frecuencia de oración, las mortificaciones y ejercicios con que se adornan las almas, el estudio de ser más y más perfectas, la pureza uniforme de las costumbres, la puntualidad y rigidez en guardar los estatutos religiosos y los ejemplares vivos y angélicos de todas las virtudes que resplandecen en aquel retiro celestial. Guardan armonía con las virtudes interiores la construcción del convento, la grandeza de su fábrica, las fuentes, huertos, jardines, claustros, dormitorios y oficinas desahogadas que hay en él; de modo que este monasterio insigne, en poco más de cuarenta años llegó á tal grado de esplendor y de buen nombre que pudo competir con los más celebrados del mundo.

Esto era lo que diez años antes de su fundación había revelado el cielo á Rosa repetidas veces, ya por símbolos y figuras y ya también poniéndole delante con toda claridad su forma, planta y descripción. Esto era lo que la virgen con tanta seguridad y confianza tan á menudo y tan detalladamente, con tanta fruición y gusto, había prometido y profetizádole á su patria; con la misma firmeza y aseveración constante que pudiera si le viera ya edificado. Sólo se le ocultó por algunos meses la circunstancia del tiempo, que reservó para sí por entonces la divina sabiduría con razones superiores; aunque al fin vino á entender, que no le había de ver con los ojos del cuerpo. Fuera de esto eran tan individuales las noticias que Dios la había comunicado, que pudo señalar con el dedo muchas personas que le habían de ver acabado, y las que habían de poblarle, entre las

cuales era una su misma madre. Declaró el número de religiosas que había de sustentar el convento, predijo el lugar donde había de fundarse, delineó en una tabla toda la planta del edificio, y señaló por su mismo nombre el sacerdote que había de cantar la primera misa en él. Qué más puede decirse? Conoció por el rostro á la que había de ser la primera priora, infundióla su espíritu, y en cierto modo la ungió y consagró, dándola ósculo santo de paz. Pero en asunto tan notable mejor será decir cada cosa en particular y tomar de propósito el empeño de referirla, pues tan digno es todo esto de eterna memoria.

Como bien experto en revelaciones divinas, nos enseñó el profeta Daniel, capítulo 10: «Que las visiones celestiales necesitan de especial inteligencia.» Alguna vez se presentan al entendimiento misterios inexplicables y se niega la penetración y conocimiento de su significación. Que ésta no faltó á Rosa, cuanto á este punto, constará fácilmente de lo que después diremos; y se hará manifiesto, que en los símbolos y señales que le dió á ver Dios nunca dejó de alcanzar la significación verdadera.

Estaba sentada en cierta ocasión en su huerto, ocupada en coger flores; había ya llenado la falda de rosas, cuando levantando al cielo los ojos, ilustrada interiormente con soberanas luces de impulsos divinos, comenzó, no sin devotos suspiros, á ir tirando á lo alto cada una de las flores que había recogido, como si con este ademán las ofreciera en sacrificio al cielo. En este acto y consideración estaba empleada y entretenida cuando llegó cerca de ella un hermano suyo, y juzgando que era diversión lícita de la inocente virgen lo que hacía, acercóse más y preguntó qué era aquello de estar tirando las rosas. Ella no queriendo dar á entender el misterio, respondió: «Esto es hacer lo que ves», y prosiguió como antes en su ejercicio. El hermano sospechando que sólo era pasar el tiempo y entretenerse, replicó á esto: «Yo también quiero esparcir rosas al ai-

re y podrá ser que las tire más altas que tú.» Calló la virgen; pero los prodigios comenzaron á responder por ella. Las rosas que arrojaba el hermano bajaban enseguida al suelo, mas las flores que tiraba Rosa quedábanse fijas en el aire, y poco á poco iban formando una cruz, y después otras componían un hermoso círculo con que se adornaba la cruz. Aquí vió su hermano el símbolo; pero faltóle la inteligencia, que no se escondió á la virgen, la que preguntada después por uno de los que supieron el prodigio, qué era lo que significaba quedarse en el aire las rosas, hacer una cruz y coronarse del círculo, respondió sin turbación ni dudas, antes con suma candidez: «Que todo esto significaba que en su patria, Lima, se había de erigir un nuevo monasterio de Santa Catalina de Sena, y que á competencia habían de concurrir á poblarle muchas rosas de excelente santidad, las que dispuestas con la observancia puntual y estrecha de su regla, que es cruz del espíritu, apartadas de cuanto estima la tierra y elevadas en alto grado de perfección, habían de menospreciar al mundo, estando éste crucificado para ellas y ellas para él.

Otra vez estando en oración la virgen le fué mostrado un prado de frondosidad admirable, poblado por todas partes de lirios y rosas, aunque no estaban en orden ni formando cuadros bien ordenados, en los que tanto se recrea la vista. Agradaba mucho á la virgen la hermosura y gracia de tan floridas plantas y la mezcla que formaban á la vista los dos colores; y mucho más cuando llegó á entender con luces interiores, que todas aquellas flores se reservaban para tejer una hermosa guirnalda que coronase las sienes del celestial y divino Esposo. Dábale, empero, pena que prado tan ameno estuviese abierto y fuese la entrada tan fácil á los pasajeros, y que por él hiciesen paso y común senda los brutos y los hombres; por lo cual temía, y con gran fundamento, que tan hermosas flores y esmeraldas tan ricas fuesen fácilmente pisadas de todos y ajada su be-

lleza. Iluminada al mismo tiempo con luces sobrenaturales desapareció el miedo que la atormentaba, se aquietó y serenó su ánimo y puso en huída todos sus recelos y dudas. Vió que llegaría tiempo en que aquella cosecha escogida de flores había de quedar encerrada en el ameno jardín del convento de Santa Catalina de Sena y separada del trato profano del siglo por las murallas impenetrables de la clausura y de las paredes del claustro. También la instruyeron, que en las azucenas y rosas que había visto, estaban significadas las almas puras y amadas de Dios de las doncellas de Lima, que entonces sin orden estaban esparcidas por diversas partes de la ciudad, y después en llegando el tiempo que Dios tenía previsto, se habían de juntar en comunidad y guardar estrecha clausura; donde vivirían seguras de que las hollasen, ajando su verdor y entereza el tumulto de los seglares, reservando toda la fragancia de olor agradable para la divinidad; hasta tanto que trasladadas del convento al paraíso se formase de sus almas una guirnalda siempre florida con que se coronase el celestial Esposo.

Mientras que escudriñaba Rosa estos secretos escondidos en lo más oculto del pecho de Dios, mientras que escuchaba gustosamente los oráculos divinos, parecíale que ella misma era la que con sus manos tejía poco á poco la olorosa guirnalda y que se la ponía á su Esposo en las sienes; y que en amorosa correspondencia la daba el Señor á entender que le era muy agradable el obsequio y muy á su gusto y deseo. Visión fué esta que inundó de gozo á Rosa; porque también se le daba á entender por ella indirectamente, que todo este suceso era especial dón que Dios concedía á la ciudad de Lima, atendiendo á sus méritos y á sus obras, y que por su respeto quería honrarla con este nuevo monasterio, como con una joya de mucho precio; y así todas las veces que refería Rosa á sus familiares esta visión, juntamente afirmaba que habían de florecer en aquel convento grandes siervas de Dios, que se aventajasen

mucho y se hiciesen célebres con olor de santidad y vida heroica.

El P. Maestro Fr. Luis de Bilbao, confesor de la virgen, aunque en otras cosas hacía grande aprecio de lo que le decía, empero, en lo tocante á este vaticinio dudaba, hallando insuperables dificultades; porque atendiendo á los medios y disposiciones humanas, no se le ofrecía motivo alguno que de mil leguas descubriese la apariencia más mínima, que prometiese verosímilmente, ó diese indicio alguno que tal predicción de Rosa había de tener efecto. Antes bien por todas partes cerraban las puertas á esta creencia la razón natural y los decretos reales, sin que pudiese entender cómo había de ser esto: principalmente teniendo en cuenta que en una ciudad tan moderna había, al parecer, sobrados conventos. Advirtió Rosa las dudas que asaltaban á su confesor, al que, animada por la gran confianza que tenía en Dios, le habló de esta suerte: «¿En qué dudas? ¿qué te suspende Padre? viviendo tú y viéndolo por tus ojos ha de acabarse de edificar y permanecerá el convento de Santa Catalina, que tantas veces he prometido. Pon argumentos y dificultades, puedes suponer cuanto quisieres, di que no vendrá facultad real que permita el edificio; añade que ha de hacer contradicción ruda la América y, si quisieres, toda la redondez del mundo; junta á esto otra suposición, que todo el infierno se ha de conjurar y emplear todo su poder, sus artes y fuerzas para resistirlo. Finalmente finge en tu imaginación cuantos impedimentos puedes pintar; con todo eso antes que llegue tu muerte, siendo tú testigo ocular y vivo, el monasterio que he dicho se ha de edificar, ha de ser habitado y ha de florecer. Ya te he señalado el sitio que ha de ocupar; allí, y no en otra parte, ha de ser. Y digo más, que Dios con eterno decreto te ha elegido á tí para que seas el primero que solemnemente celebres el sacrificio sacrosanto de la misa. Cuando con pompa y concurso se ponga la primera piedra del edificio, entonces acuérdate que lo di-

jo una mujer vilísima.» Sucedió al pie de la letra como la virgen lo había profetizado; por lo cual el año de 1622 haciendo aquella función el P. Maestro Fr. Luis de Bilbao y estando diciendo la primera misa se acordó del vaticinio, y acabado el sacrificio refirió á todos públicamente la claridad y distinción con que tantos años antes le había dicho Rosa lo que aquel día le había sucedido.

En otra ocasión hablando familiarmente con los de su casa y tratando de las gloriosas prerogativas y elogios merecidos de Santa Catalina de Sena, poco á poco vino á parar la plática en el monasterio que había de tener Lima con el nombre y bajo el patrocinio de Santa Catalina de Sena. Hablando de esto la virgen confesó ante todo ingenuamente que no había de estar viva cuando esto sucediese, mas que era también cierto que cuantos allí estaban habían de gozar de su vista, presencia y consuelo. Oyéronlo todos haciendo risa del caso, y no faltaron algunos que juzgaron que la pasión que tenía por Santa Catalina, la hacía salir de sí y la obligaba á decir locuras. Y mucho más se confirmó este juicio, viendo que habían ido á Madrid á impetrar facultad real para la fundación, y se habían vuelto sin despacho alguno y sin traer siquiera esperanzas de que en algún tiempo podía conseguirse. Bastaba esto para poner espanto á otro que no fuera Rosa, ó por lo menos estorbar la confianza de hablar en esta materia públicamente; mas en la virgen no daba lugar á temores, ni por consiguiente á que la impidiera hablar con toda seguridad, la certeza firmísima que tenía, fundada en la revelación divina. Tanto que lo que no podía ni sabía declarar con palabras significativas y propias, quiso darlo á entender, haciendo en una tabla la planta y delineación arquitectónica del edificio; por lo cual tomando á vista de los incrédulos una tabla lisa y bruñida, y bañándola con cera, hizo de repente un dibujo del convento con tal destreza y tanta seguridad, que se pasmaron los que lo vieron. Describía, tirando